La *Ruta de las Universidades*: del caso de Diego de Torres Villarroel a una *ruta preferente de dispersión de documentación*

Daniel Rodrigo Benito Sanz

Universidad Complutense de Madrid

drbsanz@ucm.es

1. Los nodos institucionales de una ruta: "cartografía documental" y centros de saber entre Salamanca y Valencia

Los mecanismos y vías de transmisión del saber por la geografía son muchos y muy complejos. No es este el lugar de departir por extenso acerca de la ingente circulación de fondos bibliográficos y archivísticos a lo largo y ancho de la España moderna; solo sí de considerar algo que proponemos en las páginas de este breve trabajo: la existencia de una arteria viaria de inestimable valor para la Historia del Libro y del documento, la cual hemos venido a denominar «Ruta de las universidades». Tratándose del constante trasiego, intercambio y dispersión de las grandes bibliotecas y colecciones entre los siglos XVI y XVIII, observamos que esta diáspora de legajos, incunables y códices no se produjo en modo alguno de forma azarosa ni caprichosa, sino que siguió un eje geográfico y logístico sumamente preciso, enhebrando en su discurrir los principales centros neurálgicos del humanismo, la ortodoxia religiosa y la imprenta peninsular.

Para sustentar esta hipótesis, debemos acudir de forma obligada a una de las fuentes primarias más formidables de la cartografía viaria renacentista: el *Reportorio de todos los caminos de España*, que Pedro Juan Villuga diera a los tórculos a mediados del siglo XVI. Es precisamente en los folios de este impreso donde hallamos descrita la infraestructura física que da soporte a nuestra «Ruta de las universidades». Este camino, de una trascendencia cultural formidable, arranca en la venerable Salamanca —uno de los faros académicos por excelencia del occidente ibérico—, atraviesa las recias murallas de Ávila, alcanza Móstoles y la pujante villa de Madrid, para recalar de inmediato en Alcalá de Henares —sede de la prodigiosa Universidad Cisneriana— y culminar finalmente su extenso trazado en la cosmopolita Valencia, metrópoli que constituyó una innegable puerta de entrada y salida del saber mediterráneo.

El azar, muy caprichoso, marcó este extenso tramo de la “Ruta de las universidades” entre Alcalá de Henares y Valencia, pues quiso que la vetusta Universidad de Valencia fuera fundada en 1499, el mismo año que el Cardenal Cisneros fundó el Colegio Mayor de San Ildefonso en Alcalá de Henares. La colección de libros que Cisneros reunió en el mencionado Colegio Mayor constituye el núcleo fundacional de la Biblioteca de la Universidad Complutense.

A la luz de este trazado, pensamos que la perfecta coincidencia entre la ruta descrita por Villuga y el asentamiento de los grandes focos institucionales revela con absoluta nitidez la existencia de un corredor cultural hondamente arraigado. A través de este eje caminero transitaron incesantemente, durante varias centurias, catedráticos, estudiantes y libreros encargados de trasladar los saberes europeos. En este sentido, y tomando como inmejorable hilo conductor la figura, la biblioteca personal y los viajes del catedrático y literato Diego de Torres Villarroel —quien transitó repetidamente por este mismo

cauce, varias veces, entre Salamanca y Madrid y viceversa—, el presente estudio tiene por objeto elevar esta realidad geográfica a la categoría teórica de una «ruta preferente de dispersión de documentación», es decir, una ruta por la que, de modo preferente, pudieron dispersarse bibliotecas y en general todo género de documentación. Procederemos, en los siguientes epígrafes, a desgranar los formidables pormenores institucionales, humanos y bibliológicos de este itinerario.

2. “Cartografía documental” y centros de saber entre Salamanca y Valencia

No es este el lugar de departir por extenso sobre la historia particular y la riquísima intrahistoria fundacional de cada una de las instituciones que jalonan este itinerario, pero sí de considerar cómo el mapa trazado por Pedro Juan Villuga en su *Reportorio* de 1546 cobra un sentido bibliológico e historiográfico pleno al examinar la inusitada densidad de repositorios documentales que en sus etapas se concentran. Tratándose del flujo del libro culto, el manuscrito y el legajo de archivo entre los siglos XV y XVIII, debemos destacar que esta «Ruta de las universidades» no actuó como mero cauce de tránsito mercantil o un camino de viajeros esporádicos, sino como un verdadero rosario de bibliotecas de primer orden, donde el patrimonio escrito no solo circulaba, sino que se albergaba, se anotaba, se copiaba y, eventualmente, se dispersaba en función de las vicisitudes docentes, espirituales y políticas de cada época.

En el extremo occidental de esta formidable arteria, hallamos la venerable Universidad de Salamanca, cuya Biblioteca General Histórica actuaba como el polo magnético e indiscutible del saber castellano. No obstante, al avanzar por el camino real hacia el oriente, observamos que la ruta recala de inmediato en la ciudad de Ávila, donde el Real Monasterio de Santo Tomás, insigne casa de la Orden de Predicadores, constituyó un foco teológico y humanístico dotado de unos fondos librarios de extraordinaria riqueza, cuya presencia estratégica en este eje justificó el incesante trasiego de frailes y profesores entre ambos enclaves. Siguiendo este discurrir viario, la ruta alcanza la villa de Madrid, ciudad que, a falta de universidad propia en la centuria del Seiscientos, albergó el monumental Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, institución que congregó a las mentes más preclaras del momento y llegó a conformar la más importante biblioteca de la Villa y Corte hasta el siglo XVIII, erigiéndose en un centro neurálgico para la recepción y redistribución de los saberes impresos.

Asimismo, y ensanchando la complejidad de esta red institucional, el caminante o el mercader de libros que prosiguiera su viaje hacia el levante recalaba en la afamada Universidad de Alcalá de Henares, de cuyo riquísimo fondo de manuscritos se nutriría, pasados los siglos, la actual Universidad Complutense. Inmediatamente después, debemos detener nuestra atención en la villa de Pastrana, enclave fundamental donde el convento carmelita de San Pedro del Alto —al que fuera llamado San Juan de la Cruz por mediación directa de Santa Teresa de Jesús para la formación de los novicios— albergó una notable biblioteca espiritual y escolástica, demostrando que la reforma carmelitana y su producción escrita se hallaban plenamente insertas en este canal de comunicación. Finalmente, la ruta encuentra su término en la luminosa ciudad de Valencia, cuyo *Estudi General* o Universidad, erigida a finales del siglo XV, coronaba este itinerario con unos fondos de inestimable valor, alimentados por

la pujante industria tipográfica levantina que convertía a la urbe en la gran puerta de entrada y salida de los libros y documentos que navegaban por el ancho mar del Mediterráneo.

3. De la dispersión particular al éxodo institucional: el traslado de los grandes fondos a través de la vía principal

En este lugar consideraremos la situación, en esta misma arteria viaria, del escenario físico por donde discurrió el éxodo masivo de las grandes colecciones institucionales. Tratándose de la validación empírica de nuestra hipótesis, observamos que el comportamiento logístico que Diego de Torres Villarroel experimentó a nivel individual con su modesta biblioteca privada halla su perfecto correlato, a una escala monumental, en los grandes desplazamientos bibliográficos que terminaron por configurar los repositorios modernos de la capital.

Para ilustrar de forma fehaciente esta dinámica de transferencia a lo largo de nuestro eje, debemos retomar el paradigmático caso del Real Monasterio de Santo Tomás de Ávila. Tal y como hemos avanzado en los epígrafes precedentes, la riqueza de su *scriptorium* y de sus anaqueles no permaneció inmutable en los muros del cenobio, sino que, circulando exactamente por el trazado viario que conduce hasta la Villa y Corte, nutrió de manera decisiva los fondos de la actual Biblioteca Nacional de España, confirmando que la ruta operaba como un canal natural de absorción hacia el centro de poder. En este mismo sentido, y operando en la dirección opuesta pero siempre constreñidos al inexorable dictado del itinerario descrito por Villuga, se constata cómo viajaron los inestimables manuscritos e impresos del rico fondo de la primigenia Universidad de Alcalá de Henares para integrarse, de forma definitiva, en el acervo patrimonial de la actual Universidad Complutense de Madrid.

Estos movimientos, que involucran miles de volúmenes e innumerables legajos, nos demuestran con absoluta nitidez que los caminos señalados en el siglo XVI no solo mantuvieron su vigor viario y mercantil durante la Ilustración, sino que actuaron como verdaderas arterias conductoras por las cuales el patrimonio bibliográfico peninsular se reagrupó, se dispersó o encontró su asiento definitivo, validando plenamente la pertinencia de nuestro modelo analítico.

Conclusiones

A modo de recapitulación, podemos concluir que el cruce interdisciplinar entre la geografía histórica, encarnada en el *Reportorio* renacentista de Pedro Juan Villuga, y la sociología del libro, cristalizada en el itinerario vital e intelectual de figuras como Diego de Torres Villarroel, nos arroja una luz insospechada sobre los mecanismos de circulación del saber en la Edad Moderna. Al cartografiar la inusitada densidad de instituciones religiosas y académicas apostadas entre Salamanca y Valencia (con paradas estratégicas en Ávila, Móstoles, Madrid, Alcalá y Pastrana), hemos podido constatar que el tránsito de libros, documentos y bibliotecas enteras no respondió a los dictados del azar topográfico, sino a una red institucional cohesionada por el camino real.

De este modo, y recogiendo el fructífero guante terminológico forjado en colaboración con el archivero Jorge Rosales Pulido, creemos haber consolidado un primer hito en lo tocante a la operatividad académica del concepto de «Ruta preferente de dispersión de documentación». Esta formulación teórica nos brinda un nuevo paradigma interpretativo para la Historia del Libro, permitiéndonos comprender que las grandes vías de comunicación de la modernidad no fueron meros escenarios de tránsito pasivo, sino agentes vertebradores y partícipes directos en la configuración, la dispersión y la salvaguarda de nuestro riquísimo patrimonio bibliográfico y documental.

Fuentes consultadas

LABORDA ORIHUELA, Antonio (2003): *Historia de Navalagamella. 1302-1950,* Navalagamella (Madrid), Excmo. Ayto. de Navalagamella, Concejalía de Cultura.

MAINER, José-Carlos (2014): *Historia mínima de la literatura española.* Turner.

MERCADIER, Guy (1980): *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras de Diego de Torres Villarroel*. Castalia.

PÉREZ LÓPEZ, Manuel María (texto refundido que aparece en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Biografía de Diego de Torres Villarroel): https://www.cervantesvirtual.com/portales/diego_de_torres_villarroel/autor_biografia/ [Última fecha de consulta: 12 de octubre de 2024].

PLATAFORMA “A DESALAMBRAR” en defensa de Vías Pecuarias, Caminos Públicos y Cauces. Repertorios de caminos: https://www.adesalambrar.com/index.php/component/content/article/3133-itinerarios [Última fecha de consulta: 12 de octubre de 2024].

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID: *Historia de la Biblioteca Complutense*: https://biblioteca.ucm.es/historiabuccomplutense [Última fecha de consulta: 12 de octubre de 2024].

VALBUENA PRAT, Ángel (1980): *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras de Diego de Torres Villarroel. Diego de Torres Villarroel. El castigo de la miseria. María de Zayas*. Aguilar.

VILLUGA, Pedro Juan (1546), *Reportorio de todos los caminos de España*, Medina del Campo.